

TIPISMO ALTOARAGONES EN EL MEDIO RURAL

Por SALVADOR MARIA DE AYERBE

QUIZA parezca un tanto paradójico que precisamente aquí, en el corazón y en la entraña de este Aragón de nuestros amores, tratemos de un tema todo lo sugerente que queramos, pero algo socorrido, indudablemente por la índole tan peculiar del mismo que nos lo hace familiar en exceso. Porque, ¿quién de entre nosotros, de los nacidos físicamente aquí, o de los enraizados en la vecindad de estas latitudes, no conoce sobradamente algo de lo encerrado en los estrechos límites del título que encabeza el estudio que va a ocuparnos? Mas, he aquí que su característica familiar nos hace el tema por demás grato, a la manera como se disfruta extraordinariamente, entre amigos, evocando el recuerdo de aquéllos que nos son comunes en el afecto y en el gozo íntimo que mutuamente nos proporciona su recordación.

En parte alguna, como aquí, ha estado nunca el hombre tan identificado con la tierra hasta imprimirle un sello especial de patriarcalidad, de primogenitura y de querencia patrimonial tan clásicamente definidas en nuestros fueros. País de legisladores y de hombres reflexivos y emprendedores, su clásico espíritu de independencia nos ha dejado algo abroquelados entre nuestras montañas. El aragonés suele ser serio y no ofrece la característica, entre zumbona y humorística, que es privativa de nuestras regiones meridionales; pero tiene, sin embargo, sus ribetes de irónico, sarcástico incluso en ocasiones, y un vivo sentido del humor, harto desfigurado por los que tratan de describirnosle bebiendo en las turbias fuentes de una desdichada literatura de exportación,

según la cual nos lo pintan con una necia candidez bobalicona, propia del más incauto, o con una grosería y uná zafiedad sobreestimadas, a juzgar por el baturrismo cerril de ciertas desorbitadas coplas de jota, todavía, por desgracia, en circulación.

«*Jotas rondaderas*».

Pero, en justo contraste, también las hay adecuadas al acto y de factura algo clásica, ya que no por la métrica de los versos, como aquellas que en la ronda nocturna, de petición de fiesta mayor, al alcalde lugareño le dirigen los mozos:

«Con modos y cortesía
los mozos de este lugar
al alcalde le pidimos
premisó para rondar.

Al alcalde y su familia
dende aquí los saludamos
deseando que disfruten
de salud por muchos años.

Me despido d'esta casa,
como el sol de las paredes,
que por la tarde se va
y por la mañana vuelve».

Y la que al párroco de la feligresía consagran al saludarle, el segundo día de la fiesta, cantando en la puerta de la abadía:

«El cura de este lugar,
vestido de terciopelo,
cuando sale a celebrar
se paice a un angel del cielo».

Pintorescas en extremo son también aquellas que, influidas por el afecto y por los buenos augurios, se dedican a las familias del vecindario y a los recién casados, con texto como el siguiente o análogo, adecuando al momento los nombres propios:

«Sebastiana es una rosa
y Donato es un clavel,
y el moxed es un espejo:
¡todos se miran en él!

Ya s'ha casau el Tanasio,
y ha cumplido su deseo.
¡Dios quiera que, de aquí a un año,
ya tenga un hijo heredero!».

Las fiestas: Mayor y Pequeña.

Los mozos, que son la clave bulliciosa de la vida lugareña en general, son quienes organizan las diversiones y trazan los programas de las fiestas, Mayor y Pequeña, sujetas a una pauta tradicional de sencillez arcádica, con ribetes anacreónticos, cuyos gastos sufragan a escote en el «pasacuentas» del cuarto día, después de una comida copiosa, a base de «carne fresca» y ríos de vino del país. Tiene lugar en su club, o «Casa del gasto», donde acostumbran a celebrar «entre año» sus «lifaras» o merendolas, y cuyos muros son testigos del pintoresco ceremonial que todas las vísperas anuales de las referidas fiestas se desarrolla, con arreglo a un sencillo rito ancestral transmitido de padres a hijos. La cosa no puede ser menos complicada. Acompañados de dos mozos antiguos, a guisa de padrinos, se presentan los nuevos, antes de salir la rondalla nocturna, pidiendo ser admitidos como «entrantes», que es el sobrenombre que habrán de llevar durante aquel año; y anotados por el «mayoral»—o más conspicuo—en un cuaderno, quedan incorporados al resto del mocerío, desempeñando durante el primer año las clásicas misiones de cargar con los bancos y conducirlos a la era o a la plaza en que se celebra el baile; trasladar los atriles e instrumental de los músicos; hacerse cargo por sus cuatro puntas de la manta en que se recogen las tortas que arrojan desde la casa las doncellas rondadas, y vigilar la celebración de las corridas pedestres, procurando que los corredores cumplan con lo estatuido en la materia y evitar que se propinen entre sí los «empentones» correspondientes para quitar de en medio a sus competidores al premio de los pollos o de la «manzana» o «ramillete», especie de arra nupcial decorada con peladillas, merengue y caprichosos arcos de caramelo.

Misa de mozos y fiesta votiva.

El segundo día de la fiesta costean la Misa, que por eso se llama Misa de mozos, al ofertorio de la cual y precedidos de los músicos

tocando alegre pasacalle desfilan todos desde el coro hasta el presbiterio, que es lo que llaman «pasar a ofrecer», para besar la estola al celebrante y hacer la oferta en metálico correspondiente, con cuya suma total se integra la caridad del Sacrificio. Tras de ellos, y en abigarrado grupo, pasan las doncellas luciendo lo mejorcito de su guardarropa y estrenando aquel día, inevitablemente, ropas y calzados flamantes como lo denuncian sus vivos colores y el indiscreto rechinar de las suelas. Es clásica también la celebración, principalmente por las familias infanzonadas, de la llamada «fiesta de la casa» que, anualmente, se consagra al Santo Patrono de las mismas con Misa solemne cantada por el coro lugareño. Y cuyo panegírico, desde el púlpito, suele pronunciarlo un orador sagrado de fama en la comarca, quien, de pasada, elogia la piedad ancestral del linaje y la continuidad feliz de la católica tradición. ¡Oh manes de aquel mosén Dámaso, párroco de Isarre, tan celebrado por los escuarveños de la novela *Capuletos y Montescos*, de López Allué! Luego la familia sienta a su mesa, con el predicador, a todos sus hijos y aun a los nietos en un ágape patriarcal que se celebra en el solar de sus mayores.

Por cierto, y ya que tratamos de la figura señera de nuestro mejor novelista regional, aquel a quien Mariano de Cavia calificaba de Pereda aragonés, voy a referirme a una breve excursión realizada, en uno de los últimos y soleados días de primavera, por una carretera del Somontano, entre nubes rastreras de polvo blanquecino y humo azulado del coche que, por aquellas tierras, me condujo.

Del Somontano y su nostalgia.

Olivares plateados, vides recién brotadas, sembrados raquíuticos, barbechos ocres como sayales franciscanos se extienden por todos lados hasta la línea elíptica del horizonte, limitada por crestas bravías y atezados alcores. Mientras que Guara asoma su enriscada diadema curiosa por el Septentrión, acaso decepcionada al contemplar ciertas vertientes próximas, a trechos peladas y cenicientas. En frente y a nuestras espaldas, sobre la llanada o en las faldas de los montes, «pueblos feos, pequeños, de aspecto miserable, de color terroso»—en frase de López Allué—esmaltan el paisaje de aquel rincón pintoresco, no exento de un poético encanto. Y en uno de aquellos, donde «alza la iglesia su atezada mole, y junto a ella el campanario su rígida silueta»

penetramos mis acompañantes y yo, aquellos acaso indiferentes, aunque yo curioso. Porque habiéndome llevado hasta allí cierto afán erudito, faltaba muy poco para que lo viese satisfecho. Sin embargo, confieso que sufrí una melancólica decepción al contemplar el exterior enjalbegado de una vieja casa solariega, desdichadamente remozada y presidida por pretencioso balaustral de cemento que cerraba un balcón modernista, coronado de flores. No quedaba apenas más vestigio de su antigüedad veneranda, que el portal sobre el que una inscripción, toscamente esculpida, decía: «Ave María. Año 1840». Con gusto habría penetrado en el portal y subido por la escalera, hasta dar con mis huesos en el interior para evocar la silueta, física y magra, de uno de sus últimos propietarios. Me habría sentado sobre una de las «cadieras» de aquel mismo hogar en que se calentaba nuestro hidalgo durante los inviernos, mientras que «recios troncos de olivo ardían en el fogón, lanzando rojizas llamas que trepaban por los llares y se perdían por la negra y ancha boca de la chimenea». Habría penetrado en el comedor que, acaso como aquel otro de la novela aragonesa de referencia, fuese una «espaciosa habitación, situada en la parte posterior del edificio, con dos balcones corridos sobre recios mensulones de piedra, que daban al corral», para evocar, de paso, cierto ágape amical dado por el dueño de la casa en un primero de mayo, con ocasión de la piadosa romería, tan pintoresca, de Nuestra Señora del Viñedo en Castilsabás. De aquella inolvidable procesión con sus maravillosas cruces parroquiales, portadas por rústicos sacristanes revestidos de albos sobrepellices, y sin sotana alguna, sobre sus trajes de calzón. Y habría, en fin, llegado a postrarme de hinojos ante aquella devota imagen venerada en su hornacina de blanqueado muro en un salón de la casa infanzona, según piadosa costumbre del país. Allí, en la paz campestre, tal vez en el silencio nocturno escasamente interrumpido por el leve tañido, aislado, de alguna esquila de ganado bajo las «tiñas»—o cobertizos donde se alberga—y por los sucesivos cantos vigilantes de los gallos, iba escribiendo un literato provinciano, quartilla tras de quartilla, el original de la novela costumbrista que habría de consagrarle. Y mientras que la, más efectista que positiva, generación del 98 vivía sus años primeros, lejos todavía del señuelo de su derrotismo funesto, nuestro escritor regional rehabilitaba el baturro neto, con sus virtudes y sus defectos, frente al papanatas estúpido de toda una vulgar literatura de pacotilla.

Un abad legendario.

Esfumados tenuemente, entre la neblina de la tarde primaveral, se destacaban sobre «la pelada sierra que sirve como de parapeto al Somontano», los ruinosos muros, patinados, de la que fué en el medioevo Real Casa y Monasterio de Montearagón. «Aquella fortaleza claustral» recordaba el dominio feudal, religioso y político de los abades y su señorío temporal sobre los «vasallos de condición y signo servicio» de la comarca llamada del Abadiado, obligados al tributo «del maravedí», con que contribuían de siete en siete años y del que estaban exentos los infanzones. Parecía vagar por aquellos adarves y entre las almenas derruidas, como la sombra de aquel rey de *Hamlet*, la del abad Torralba. Pues, aunque creación irreal de la fantasía del escritor, no es necesario esforzar demasiado la del turista para evocarle en aquel ambiente, entre misterioso y poético. Y a fe que por la vertiente norte del cerro abacial se precisa poca inventiva para revivir la bajada del buen abad del Monasterio, que «en su carroza tirada por dos poderosas mulas, acompañado de un canónigo y de un familiar» se podría aún, en nuestros días, dirigir hasta la misma plaza del novelístico «Escuarve»—Barluenga en la realidad—para saludar a los de su casa nativa, visitar el corral pletórico de reses lanares, presenciar las faenas de la trilla en la era y comer de aquel delicioso «empanadico» que «le supo siempre a gloria» antes de reintegrarse, otra vez, a la sede de su abadía.

Pero también nosotros hubimos de iniciarlo, si no en un pesado carruaje antañón, en el prosaico sí que veloz automóvil de nuestros días. Un perro nos escoltaba con su carrera y sus ladridos, mientras que atrás y destacándose sobre el gigantesco y azulado telón de fondo de la sierra de San Martín de la Valdeonsera, quedaba el pueblo bajo la tutela del campanario de la iglesia románica, como un viejo apunte de Parcerisa para el *Aragón pintoresco*. Allí quedaban también los cordiales vecinos que nos acogieron con su hidalguía. Y acaso entre ellos alguna pareja, como aquella de Pablo y Julia, que castamente se aman junto a otros Torralbas y Avenillas que, mal avenidos, tradicionalmente se detestan y aborrecen. Son los «Capuletos y Montescos» de hoy con sus diferencias banales y sus intringuillas lugareñas. Pero también sobre ellos en 1950, como en 1901 cuando la novela se escribió, flotaba como un airón de nubes vaporosas sobre el azul turquesa, del firmamento, el nombre preclaro de Luis López Allué.

Bodas «con ajuste».

En alguna de estas pintorescas ermitas, esparcidas por nuestros campos, y donde se veneran los santos tutelares de la comarca o viejas vírgenes románicas entre la pompa exuberante de barrocos retablos, con columnas de formas enmollecidas pletóricas de hojas, pámpanos y racimos dorados, tienen lugar piadosas romerías que congregan a muchedumbres lugareñas, de todos los puntos cardinales, en devotas procesiones precedidas de magníficas cruces de afligranada orfebrería. Suele haber con tal motivo «mucho vista»—según el léxico del país—. Y a favor de la concurrencia salen de allí gratas impresiones que, al discurrir del tiempo, florecen en animados noviazgos que cristalizan luego en bodas, cuyos ajustes matrimoniales tienen por escenario la sombra bienhechora de aquellos venerados muros. Porque es allí donde, bajo la dirección del notario de turno y con la colaboración de los padres de los futuros contrayentes y de algún eclesiástico conspicuo—y sin dar demasiada importancia a los protagonistas del contrato—, se firman las capitulaciones matrimoniales que serán el futuro código fundamental, en lo material, de la nueva familia que se forme.

Generalmente en las bodas suele seguirse, al margen del ceremonial litúrgico, otro profano y de características tradicionales, más o menos acentuadas, según la clase social de que se trate. Un animado cortejo de mozos y doncellas, parientes y amigos de las familias de los novios, suele acompañarlos al templo en confusa algarabía de animadas charlas y donaires. Algunos mozos permanecen a la espera en el exterior aguardando a tener noticia del momento crucial de la ceremonia, o sea del anhelado sí de los novios, para subrayarlo, estrepitosamente por cierto, con el estampido de sendas descargas de trabucos o escopetas.

«Esquillada» y gastronomía.

Si la boda es de algún viudo o viuda, que reinciden, el estrépito mencionado queda a cargo de cencerros, ollas metálicas o cualesquiera otra clase de instrumentos, fragorosos y resonantes, que la subrayan en demasía. A este rito bárbaro y primitivo le damos por aquí el nombre, poco eufónico, de «esquillada». El banquete en la casa de la contrayente varía en suculencia y animación, según que sea ella o no la heredera, puesto que, no siéndolo, se reserva la mayor pompa culinaria para la

casa del contrayente, donde los primores de la cocina del país con sus variados guisos, tradicionales, del pollo con tomate, el cordero a la pastora, la carne entre dos fuegos, la pepitoria de cordero, el melocotón con vino, las peras «forniadas», dan la réplica adecuada a la somera alimentación de nuestros días, donde el nutrido abecedario de las variadas vitaminas tiene una manifestación tan rudimentaria y restringida.

Los mejores vinos del país, algunos «trasañaus» y de lo más recóndito de la bodega, corren en abundancia entre los invitados, soltando las amarras de las lenguas de todos y siendo causa primaria de los posteriores efectos de una copiosa animación. En lo más alto de la marea aparecen las «mairalesas» portadoras de las «servillas», especie de fruteros metálicos, uno de ellos enguirnaldado con una corona de flores de trapo multicolores, y el otro cubierto materialmente de ramilletes de flores frescas y olorosas, escoltadas aquéllas por dos mozos de su parentesco o amistad. Llegadas ante los novios acostumbran a saludarlos, recitándoles una sarta de versos, algo desaliñados y primitivos, que recuerdan los primeros balbuceos de la lírica castellana del medioevo contemporáneos de Berceo, el arcipreste de Hita y el marqués de Santillana.

«Relación para una boda...»

«Relación» suele llamarse esta poética salutación que no es sino un vulgar epitalamio en el que se felicita a los esposos, se cantan las excelencias del matrimonio, se enaltece la prosapia o la riqueza de las familias respectivas y se les desean, para el futuro, dichas sin fin a los recién casados. He aquí, para regocijo del lector, algún modelo de esta clase de «relaciones»:

«Relación para una boda
de novios que son gustosos,
y en la cual rajan contentos
lo mesmo viejos que mozos.

Aquí están las mairalesas:
sus vienen a saludar,
y a pidiros p'a la Virgen
lo que tengáis voluntá.

Pus no hay dinero mejor
empleau en este mundo
que el que tengáis voluntá
de entregarnos pa su culto.

A todos en general
muy buenas tardes les damos,
y a los novios, que les sea
pa bien y pa muchos años.

De la novia ya sabemos
que es de natural muy llano,
lo cual que mejor que bien
se hallará en el Somontano.

Acontenta a tu marido,
sé amorosa, bien mandada,
curiosa y trabajadera,
como perfeuta casada.

A naide en jamás le gastes
denguna mala razón,
ni a las doncellas premitas
dijendas n'el lavador.

Que el novio es mozo de prendas
y no tié más que valer,
no le cal que l'en pregunten
a la que hoy es su mujer.

Ni pincho, ni mal fainero,
miaja amante del porrón,
poco miedo que, en jamás,
tengáis denguna cuestión.

Antiparte qu'el marido,
si ha de ser como es de ley
más fueros tiene en su casa
que, en su reino, el propio rey.

Pero alguna vez, Casiano,
ya sabes que ha dicho el Cura:
mermarás de autoridad
por ver si la paz atura.

Y con estos consejicos,
pa que siáis güenos casaus,
la relación se remata,
como cuentico conta.

Se queden con Dios los novios,
igual que la compañía,
y todos en junto tengan
muy largos años de vida».

Terminado el relato se distribuyen los ramilletitos entre los invitados quienes, a cambio de los cuales, van depositando sucesivamente en las salvillas sendas monedas como limosna para la Virgen del Rosario de la parroquia, a cuyo culto se dedican, y cuya capilla alumbran durante el año de su mandato, las mairalesas. Ahora, no suele estar tan a la orden del día el obligado epílogo de esta clase de ceremonias, porque los novios acostumbran—hasta en los pueblos más escondidos—a emprender un viaje de bodas, siquiera termine en Zaragoza, con la visita de ritual a la Patrona de Aragón. Pero antaño concluía la cosa en la tradicional y típica «chocolatada», consistente en la irrupción de los invitados a la boda en la misma cámara nupcial de los recién casados, a quienes despertaban en la madrugada para servirles, en la intimidad más absoluta, el primer desayuno de su vida matrimonial. Después viene la monotonía vulgar y corriente, de la vida normal, en cada familia: pequeños disgustos que sobrellevar cristianamente, contrariedades por dolencias y enfermedades en las personas y en los ganados, años malos y de cosechas deficientes, sequías, heladas, pedriscos, y el vencimiento cotidiano, de un modo particular, si los caracteres de los esposos y de los padres, naturales o políticos, no están perfectamente avenidos bajo el mismo techo que los cobija.

Casa, familia y «concejada».

Factor esencial de los medios geográfico y social es el de la vivienda que reviste en el Altoaragón, y más ampliamente en nuestra provincia, características algo variadas según su situación topográfica. En el Pirineo constrúyese, desde inmemorial, con materiales más nobles y allí muy abundantes: granito, cantos rodados, pizarras y madera. La cubierta es muy variada, ya sea de paja, losas, pizarras y teja, más escasamente. En el somontano se edifica más con ladrillo y tapias de arcilla apisonada, rematándose las construcciones con aleros saledizos o rafes, bajo los cuales corre una teoría de ventanas o de arquillos de ladrillo, con ciertas reminiscencias mudéjares, en las casas blasonadas. Y en la tierra baja, persistiendo análogas características en las moradas hidalgas, los materiales ya son más inferiores y preferentemente de adobes o tapial, entre pilares de ladrillo enlucidos de yeso. Sobre los tejados se alzan las chimeneas, que cubren toda el área de los hogares bajos, en torno de los cuales reinan las cadieras donde se congregan en todo tiempo, y máxime en el invierno, la totalidad de familiares y criados que conviven con ellos. Suele haber, adosadas con charnelas al respaldo de aquéllas, una o dos mesas plegables que, llamadas «perezosas», facilitan sin moverse del amor a la lumbre la posibilidad, en un santiamén, de preparar la mesa para satisfacción del apetito de los naturales y aun forasteros.

En el hogar se centra esa unión de los componentes, que sostiene y hace prosperar a la familia, según ya Costa señaló, aun con la vida dura del labrador, en un clima hostil, dedicado al cultivo de unas tierras que constituyen un patrimonio, único e indivisible, como condición indispensable para la perpetuación del linaje. Tiene la mujer allí un papel decisivo, y la consideración máxima reflejada en el tratamiento respetuoso de «la nuestra dueña» o «la dueña de casa nuestra», con que usualmente se la conoce; ella administra los bienes domésticos, corre a su cargo el educar la prole, guisa y dispone las comidas familiares y de los jornaleros, hila el cáñamo y la lana dedicados al vestido de los suyos; mientras que el padre atiende el «cabal» o ganado, a las faenas agrícolas, asiste a las ferias del contorno y se encarga de las compras y ventas de todo género con destino al patrimonio familiar. Entre las ferias son famosas las de la Virgen de septiembre, en Barbastro; San Andrés, en Huesca; San Lucas, en Jaca, así como otras varias en diversos lugares de la provincia, sin olvidar la muy típica de San Miguel, en Graus, donde no sólo afluyen ganados de todas clases, sí que también

personas de ambos sexos que buscan colocación en los medios rústicos, aprovechando la coyuntura de ser por entonces cuando comienza el año agrícola en estas latitudes, tiempo que se conoce con la designación de «la Sanmiguelada».

La alimentación se hace a base de lo recolectado en la hacienda: patatas, judías y legumbres con tocino o cecina, que es la carne de buey o ternera, de choto o cabra puesta en «la saladera». Mucho pan y sopas abundantes, como es frecuente en todo clima un tanto extremoso en invierno.

Los vecinos del medio rural suelen prestarse mutua ayuda en las faenas del campo, máxime entre familiares de casas diversas y con motivos de enfermedades en las personas o en el ganado, preferentemente de labor. Existe la «tornajunta», que cual su primitivo nombre indica consiste en la devolución de una o varias jornadas de yuntas de labranza, a la familia o amigo que las anticipó; y la «pata de buey» o «mula» y el «medio, de ambos» para significar la parte alícuota de propiedad que tienen sobre las bestias respectivas algunos vecinos en común. Acarrear los elementos precisos para la realización, por la comunidad municipal, de obras y servicios rurales por el procedimiento de «vecinales», que aquí llamamos «ir de concejada». Consérvanse también en común los llamados bienes «de propios», pastizales en la sierra y algunos prados amojonados que entre los vecinos particularmente se disfrutaban, primitivamente regidos por unos consejos lugareños denominados «brazos de justicia», que acostumbraban a reunirse los días festivos bien en el atrio de la iglesia parroquial, o a la sombra de algún frondoso árbol centenario.

Economía altoaragonesa.

Capítulo interesante es el de la economía altoaragonesa cuyas fuentes principales son el ganado, la agricultura, el bosque, la caza y la pesca. En tiempos lejanos se producía todo lo necesario a la vida y apenas se importaban cosas superfluas, consideradas despectivamente como de inferior calidad y bajamente comerciales. Registra el folklore casos bien típicos de figuras literarias, como la de aquel «Siñó Cequiél», denodado defensor de tales ideas y denostador consecuente del maquinismo decimonónico, al aludir a la baja calidad textil de las manufacturas de la época que «paicen binzas de cebolla, lo mesmo las tres-

pasa el cierzo que el sol, y a la segunda muda ya están espiazadas». En la economía doméstica también se hallan profundas sentencias llenas de una filosofía que maravillarían a cualquier tratadista: «No digamos de las masadas y de la leña—continúa filosofando nuestro personaje—. El pan recién sacau del horno pasa como los barquillos; y pa cocer un puchero de sopas con leña, si está verde, se necesita una carga: por algo dice el dicho «Pan tierno, mal gobierno; leña verde, la casa pierde».

Gemela de la casa suele ir la tierra y los medios necesarios para su cultivo, especialmente el ganado de labor que tipifica la potencia económica de aquélla con la enumeración de los pares o yuntas precisos; y así se ponderan hasta la hipérbole las casas de cinco, cuatro, tres y dos pares de mulas. El mediano cultivo que pudiera decirse caracteriza al agro altoaragonés, ha revalorizado justamente el ganado mular indispensable en nuestras explotaciones, que ya incluso la literatura regional había destacado con exceso. Y típico es el caso de tantas coplas donde con miopía extraordinaria se baraja y confunde a la mula y la mujer, sintiendo más a lo vivo la pérdida de la primera que el fallecimiento de la segunda. Porque se desconoce la tragedia íntima que supone la desaparición de un semoviente, que acaso alcanza un precio superior al de las tierras que cultivaba. De ahí el dolor íntimo que experimenta el labrador, lastimosamente confundido con otro, en definitiva, mucho mayor, y que el alma baturra calibra justamente muy hondo por la ética que en ella palpita.

Consérvanse en la caza restos de rasgos culturales de un acentuado primitivismo, como es el rastro de aquélla por la nieve que ocasiona divertidas expediciones cinegéticas en lo más crudo del invierno; paliándose así largas jornadas de holganza que obligarían a una emigración temporal característica del Pirineo como aquellas—en otro orden de cosas—de las ansotanas que pasaban a Francia, como alpargateras; y la estampa clásica de las vendedoras de hierbas aromáticas, por las calles españolas, dando la simpática nota de su atuendo tradicional con sus vistosos saigüelos verdes.

La desnudez de nuestros montes que claman por una repoblación que paulatinamente viene realizándose, con indudable eficacia, nos trae a la mente tantas estampas rústicas de leñadores furtivos que asolaban nuestros bosques, buscando la solución apremiante de sus angustias económicas con depredaciones frecuentes en el común. Melancólico en extremo es aquel pasaje de *Capuletos* y *Montescos* que nos pinta a lo vivo

la tragedia de aquel buen hombre y sus lamentaciones amargas porque el importe de su carga leñífera apenas alcanzaba para comprarse un pan de cuatro libras!

Vidas pastoril y social.

La vida pastoril corre parejas en importancia con la agrícola, estableciéndose relaciones estrechas entre la montaña y la tierra baja a base de las cañadas por donde descienden los copiosos rebaños, en la otoñada, buscando pastos mejores y clima menos hostil. La caravana suele ir a cargo de mayores y «repatanes», acompañados de uno o más asnos con la impedimenta necesaria y escoltados de perros que brincan nerviosos en torno de las cabañas, a las que guían con sus ladridos muchas veces confundidos con el tierno y lastimero balido de los recentales nacidos durante el viaje. En las majadas, los pastores distraen sus ocios durante la invernada fabricándose caramillos rústicos, y haciendo a punta de navaja instrumentos curiosos como molinillos, cucharas, tenedores y bastones de boj; siendo también maestros indiscutibles en el arte culinario de los asados que preconiza el menú clásico citado del «cordero a la pastora», las migas con sebo y la elaboración de unos quesos y mantequillas exquisitos.

Persisten todavía viejas creencias en brujas y trasgos, así como en los espíritus que en las noches de invierno frecuentan las casonas, con ruidos y crujidos, que demandan angustiosamente sufragios, por suponerseles almas en pena en el purgatorio. Los funerales en el país tienen detalles pintorescos, al margen de la liturgia romana, como el elogio fúnebre que el párroco dedica al finado o finada en el portal de la casa mortuoria, ante la feligresía en pleno que desfila luego besándole respetuosamente la estola. Y la comida tradicional que se sirve a los parientes y forasteros, a base de un austero menú de sopa, judías y carne asada, con almendras tostadas de postre, en sencilla vajilla rústica de barro y con cubiertos de madera. Prescribe el protocolo varias mesas distintas en precedencia y respeto, que ocupan, primeramente, los familiares y amigos íntimos, luego los propietarios de menor importancia, y finalmente los «oficiales» o menestrales con los criados y jornaleros, si los hubiese, de la casa doliente. Y el viejo refrán aquel de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo» parece ligado estrechamente, en tan fúnebres efemérides, con aquella irónica sentencia de Larra: «El hombre tiene que acudir, a veces, a la materia para saldar las deudas del espíritu».

Folklore antañón.

Curiosa manifestación folklórica, un tanto en desuso, son los «dances» con sus representaciones complementarias de carácter religioso-histórico-pastoril, demostración regional de un medio de expresión tan universal como es el del teatro. Motívanlas ciertas conmemoraciones de históricas gestas de la reconquista aragonesa, y son sus personajes característicos los cristianos, tal o cual rey moro, los ángeles y arcángeles, el mayoral, el repatán, el zagal, etc., habiéndose conservado en su mayor pureza entre las escabrosidades pirenaicas. Son una especie de romances caballerescos, complementados con danzas guerreras de palos y espadas que, en esta última especialidad, se han extendido, siglos después, por el Somontano y la tierra baja como en Barluenga, Almu-débar, Sena, Graus y Sariñena, alcanzando a la provincia de Zaragoza en Tauste, Cetina y Grisén. Clásicos, por más conocidos entre nosotros, son los danzantes de Huesca que acompañan a San Lorenzo en la procesión mañanera, del 10 de agosto, ataviados de blanco, con calzón, el pecho cruzado por una banda de seda carmesí o celeste con la efigie del Santo, pañuelo en la cabeza, junto a cuya lazada asoma un ramico de albahaca, y cintas multicolores flameando al viento de sus brincos al compás rítmico de una melodía inconfundible, subrayada por el chocar de los palos y de las espadas de que son portadores.

También son notables, como melódicas manifestaciones de cierto sabor, las coplillas del amanecer y las albas, que se cantaban antes por una ronda, acompañadas por la gaita y el golpear de los palos de los danzantes, en algunos de nuestros pueblos. Pero están actualmente en desuso, como asimismo aquella encantadora jota «rondadera», de ritmo ágil y un tanto alígero, con la que terminaba todavía el baile público en los días de mi niñez, durante las fiestas del pueblo, antes de que las invadieran—trepidantes—los alocados ritmos de la música, negroide, de nuestros días.

Encubaciones y remataduras.

No quisiera fatigarte sin evocar, al menos de pasada, amado lector, las simpáticas conmemoraciones de las rústicas fiestas de las «encubaciones», o sea del trasiego del mosto desde el lagar a las cubas, celebradas con la natural euforia y algarazas de mozos y doncellas, en las

comarcas vinícolas de nuestros Somontanos de Huesca y de Barbastro, reminiscencias de paganías dionisiacas, «época la más bulliciosa del año, porque en ella se bebe puro y a discreción, se come sin tasa, se improvisan bailes y se organizan rondas» muy bulliciosas bajo los efluvios del «espíritu» vínico. Ni olvidar en este repaso, tampoco, a la «rematadura» o día postrero en la recolección de la aceituna, que anualmente se conmemora con extraordinarios en el trago de las diez—de chinfaina, o de torteta en salsa, o de «pastillo»—rociados con sendos pases de la bota de mano en mano, y al amor de una «cherada» de aliagas. Con tales refuerzos se sigue briosamente el trabajo, máxime si brilla el sol «por raso» y lo animan, además, unas tonadillas de jotas lánguidas y acompañadas al vareo de los olivos:

«Icen q'el Siñó Tidoró
lleva cuatro mal faineros
y han rematau as olivas
más aprisa q'os zagueros».

A la comida, en un carasol, suele servirse a la peonada el clásico «recau» para entonar el cuerpo, carne abundante y «ajaceite» con otros riegos de lo añejo. Pero hay que continuar afanosamente la tarea, para culminarla al anochecer, después de recoger del tajo, con las postreras cargas del violáceo fruto, los mandiles, escaleras, ganchos, cestas y «estrales toceras». La cena es tarde, sobre las ocho o más, y el menú suculento con la añadidura del postre: turrón negro, higos de «asolarnar», nueces, almendras, peras forniadas, tinto y clarete, anís «de primer suerte» y copiosas tazas de «poncho» caliente con nuez moscada. Sube luego, como es natural, el torbellino del mocerío en torno del hogar. Y abandonando las mullidas cadieras cubiertas de pieles de cordero, sin trasquilar, se lanzan al baile que termina, bien pasada la media noche, con manifiestos trastornos estomacales de los varones, ruidosamente epilógados después en la calle. Por fin, sosegados los cuerpos, los rinde el sueño sobre los camastros de la cuadra, mientras que el canto de los gallos presagia la luz de un nuevo día.

Típicas son, en fin, las matacías de los cerdos que congregan en las cocinas de las casas, entre revuelos de faldas y faraloes de blancos delantales, a una pléyade de personajes domésticos que, desde el matorife al último zagal que contempla tan variadas escenas con curiosidad manifiesta, sin omitir a las mujeres, tienen participación destacada en aquella jornada de regocijo y placeres «bucólicos» que alteran, por unas horas, la paz hogareña de nuestros pueblos. Se come y bebe asimismo

en abundancia sabrosas pitanzas, desde el caldero y las sartenes hasta las fauces de los circunstantes que, en torno al fogón, ofician una solemnidad que deja en mantillas a Pantagruel y a Camacho famosos, con desdén absoluto de los fueros estomacales y menosprecio indudable del ácido úrico que se elabora en profusión.

Pero estos alardes gastronómicos influyen, sin duda, en la robustez de una raza que tiene su lugar adecuado en el pintoresco ambiente del Altoaragón, saturado del balsámico aroma de los pinos, y donde la Naturaleza, en sus riscos maravillosos, se ha mostrado tan generosa de dones para que, una vez más, hayamos evocado algo de nuestras costumbres más típicas y de nuestras más venerandas tradiciones. Precisamente aquí, donde la cultura popular se manifiesta en la variedad de matices más delicados, de que son muestra adecuada las publicaciones periódicas, las agrupaciones artísticas, las entidades culturales y el resurgir de una provincia tutelada y dirigida, tan inteligentemente, por sus mejores hijos.

